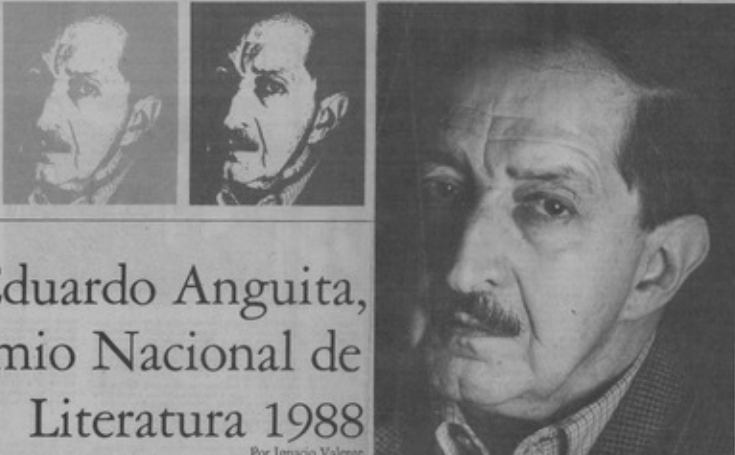


000 162 890

EDICIÓN ES



Eduardo Anguila,
Premio Nacional de
Literatura 1988

Por Ignacio Valente

El poeta Eduardo Anguila ha recibido —un poco tarde, es verdad— el Premio Nacional de Literatura. Esta designación mejora la credibilidad de un premio que, en los últimos quince años, ha sido otorgado con arbitrariedad: los más de las veces, y salvo honrosas excepciones, Anguila (1914) forma parte de aquella exhibición de los vaqueros que se agitan en Chile y muestran sus notables como el propio Norval, Humberto Díaz Cussani, Brasilio Arenas, Nicéstor Parra y Gonzalo Rojas.

La obra poética de Eduardo Anguila se inicia hacia 1933 con algunos sonetos de brillante retórica, donde resuman los ecos franceses de Mallarmé y Valéry, así como el acervo de la tradición hispana, perteniente a veces, a raras excepciones: "Hombres de solido de diurnal mundo, / plenas de luz, bellas de luz, / cortan las cuerdas y la voz del cielo / del día muerto en un milisecundo". Este viaje a la época, que representa la máxima voluntad de una "poesía pura", emerge por entonces, aunque en Anguila una rara perfección, el hecho hoy ha quedado un tanto lejos de nuestros intereses. La destreza verbal y el oficio técnico, en todo caso, una constante de esta poesía y el mejor resultado de su paso por aquella tendencia.

En Trévisio el yo, el verso busca formas más libres a medida que la fantasía y el mundo se distancian, ha llegado al surrealismo, que Anguila no hace sino más —está lejos, por ejemplo, de la subterfuge de Arrese—, pero que sigue en forma inteligente y controlada, y más en el espíritu que en la letra, con un trabajo mental de trabajo y dominio que detalla el desarrollo de la obra. Un entusiasmo juvenil y creador atravesó esta poesía, empujando todas las condiciones no convencionales, todas las claves de la seguridad poética, todos los medios de reconstruir el mundo de equidad a la claridad: es el imperativo de la década del 30. Sin embargo, Anguila alcanza sus mejores hitos al salir desde el surrealismo no es completo, donde la emoción o la auto-

dota o el humor filosófico filtran ciertos elementos de realidad reconocible. "Brazos con las costumbres más deprimidas que alboran de vida sin / Brazos con una aureola de arroyos transmitidos por la radio / Brazos con la mirada de hoja seca que mata como el helado".

Travesía surreal —entró ya en 1940— nos ofrece la grata fusión de una fantasía onírica en estado de libertad —como pide el surrealismo— con un elemento de otra naturaleza: un tono verbal de gran ingenio, desenvoltura, cohesión y discreción, abstracción directa y refinada, que al aplicarse a las imágenes más fantásticas produce una sensación de alta intensidad poética, casi de humor lírico. "Hay el mundo elemento de la resurrección / si me echas un poco de agua caigo al terremoto... / —después como el Papa / orando eterno, los brillos imperiales del Lino. Esta transfiguración horizontal / [Por qué me intranquiliza con la paciencia / de boro hecho en el fondo de la mariposa final]. Se redará el breve y lapidario acervo de estos últimos versos: la intención de la fecundidad esencial y del error en ya desde siempre no un leit motiv en el mundo poético de Anguila. Todo este período supe más confusión en un principio que con claridad universal: la mejor del surrealismo no está en los poemas que lo alientan de nuestra programación, sino en quienes actúan de él una dosis medida y lo dispersan en fragmentos de otros indios. Pienso que así ocurre en el propio Norval en Juan José Parra, en Dylan Thomas.

Siempre y en estelas maras un tránsito hacia la presencia poética metafísica y aun teológica que será dominante en toda la obra posterior de Anguila. La realidad y sus desapariciones, el ensimismamiento y sus momentos, el presentimiento de Dios, empiezan a temblar la rica sensibilidad de su primera etapa, en favor de la densidad filosófica de ciertas intuiciones ya no sensibles. Me parece que si hasta aquí exploraba Anguila el trasfondo espiritual en el interior mismo de la imagen y de la palabra, mostrando todas sus combinaciones evolutivas, o partir de la destrucción y pérdida de la persona —poema que acaba de finalizar Editorial Universitaria—, la iniciativa corresponde al pensamiento: la imagen es más bien un producto de retorno, el medio literario que expresa una experiencia ya definitivamente metafísica, en este caso el problema de la unidad y dualidad de la persona en la identificación amorosa. La poesía empieza a ser el órgano del conocimiento puro e la manera del último libro o del último Eliot, y siguiendo así una progresión frecuente en tantos poetas, cuya experiencia madura adquiere el peso intelectual que no tienen sus antecedentes inmediatos.

En el caso de Anguila, la experiencia aludida es una intuición de signo platónico y casi platónico: una impresión realista del mundo adigado hasta revelar sus esencias eternas, los brillos imperiales del Lino. Esta transfiguración tridimensional, en el orden del lenguaje, el intento poético de ver y narrar el mundo con los ojos de Dios, de contar el universo a su creador, de tender mediante la palabra el puente entre los mundos, se inicia así una metafísica empresa contraria a tres realidades individuales: el ser, la palabra y el tiempo, cuyo misterio capta Anguila con una ardiente pasión intelectual a la vez que con fuerza lírica.

Palabras perpetuas contienen tres grandes poemas del autor, que resuman en forma tríplice los cuerpos esenciales del Falso, del Falso y de otros diálogos platónicos: La noche, hermosa monarca poética en el espíritu del tiempo, el poderío y el mar, meditación sobre la distancia entre la real concreta y la forma o idea pura de la real, donde se encuentran la finitud platónica y un espíritu eterno formado en San Agustín, y Versos en el cuadrado, que prolonga todos los problemas anteriores en un nuevo reflejo de símbolos entre, debilitado por el tono filosófico e ilustrativo de algunos episodios —como ocurre casi siempre en los poemas largos—, pero comprendiendo únicamente por pasajes de una bella lírica que no se ha dado muchas veces en la historia de nuestra poesía. Hay en este poema cierto don casi fagocitador, pero en compensación su experiencia humana se ha vuelto la más profunda y transmutante, y el lenguaje más caluroso y maduro. Lo mismo vale para los poemas agrupados en Lirismo, de acuerdo religioso contrastado con los habituales temas de la actualidad terrenal, el sentido del tiempo, del amor y de la palabra. Entre ellos destacan un hermoso poema, Unas ruinas de la Poética de N.J.C., que muestra un aire diáspora teológica con ingredientes de la metafísica elemental, lo grande un efecto religioso sorprendente: "Nuestro Señor Jesucristo habría muerto por Juanito Mediano. Nuestro Señor Jesucristo murió al Calvario por la señora Horroca. Nuestro Señor Jesucristo murió necesariamente por el Chino Cruz. Nuestro Señor Jesucristo — Es la lengua sagrada — por Alamparte, por Guala, por los hijos de Wier Scott. Por los cadáveres, por los intermediarios, los señores, los jordanes, los Monjes, las epístolas...".

Eduardo Anguila es una figura indispensable en el panorama de la poesía chilena de este siglo. Poco han sido, en esta poesía, el oficio verbal y la fantasía creativa y la pasión intelectual con la intensidad y coherencia de los poemas dominados de esta obra; poco han juntado la libre vida de la imaginación con la densidad del filosofar y del idear, en la síntesis concreta, que caracteriza a la madurez de esta alta poesía.

Eduardo Anguila, Premio Nacional de Literatura 1988 [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Eduardo Anguila, Premio Nacional de Literatura 1988 [artículo] Ignacio Valente. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile